

Las andanzas del papa Francisco

Antonio José Sarmiento Nova, S.J. *

En los ya lejanos años setenta tuvimos la grata sorpresa de conocer dos libros muy originales del autor francés Gerard Bessiére: "El papa ha desaparecido" y "Nuevas andanzas del papa Jacinto". En ellos hace un relato imaginario de un papa, llamado Jacinto, a quien eligieron "por sus viajes a América Latina y a África, porque sabía escuchar, porque era pobre, evangélico, porque pocos como él lograban hacerse con la unanimidad, porque su papel discreto y eficaz había aunado a los obispos de todos los países, por sus intervenciones en favor del desarme, por la manera como hablaba de Jesús, con sonrisa profunda, le hicieron papa" (tomado literalmente de la contraportada de uno de los libros).

En estos textos, cargados de sabiduría evangélica, de exquisito humanismo y de un humor estupendo, Bessiére está expresando el deseo de muchos en el mundo y en la iglesia de tener una iglesia descalza, resueltamente implicada en las realidades del mundo, en abierta sensibilidad con los clamores de sentido y dignidad del ser humano, en diálogo inteligente con la cultura moderna, y en vivencia y anuncio de la Buena Noticia de Jesús, despojándose de las galas eclesiásticas y dejando de lado un estilo de poder que no se compadece con la lógica original de servicio determinada por el Señor y por las primeras comunidades de cristianos.

Es el Papa, en su condición de pastor universal, obispo de Roma, discípulo mayor, llamado a ser el más coherente en este estilo de vida, inspirado en las Bienaventuranzas, y referencia de identidad para quienes se esfuerzan en seguir este mismo camino.

Así las cosas, este año – el 13 de marzo – llega al ministerio de Pedro un hombre bastante parecido a este Jacinto ideal, cercano a la sensibilidad de nuestro tiempo, consciente de que la Iglesia debe ejercer una autocrítica profunda, ajeno al vano honor del mundo, con una manera de vivir esperanzada y esperanzadora, atento a los signos de los tiempos, en plan de reformar a fondo realidades del centro eclesial que tienen poco de evangélicas, sabedor de que en él se fijan las miradas y las expectativas de muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo, en el ámbito católico y fuera de él.

Este es el estupendo Jorge Mario Bergoglio, un hombre del común, hijo de inmigrantes italianos a Buenos Aires, con el talante austero de los jesuitas raizales, afincado espiritualmente en el proyecto de Jesús, viajero en metro y en autobús, sensible a los dramas de la pobreza y la exclusión, de palabra certera y ministerio coherente. Gratisima sorpresa para todos, máxime si tienen en cuenta las muchas molestias e inquietudes de tantos contemporáneos ante una iglesia poco dada a los vientos de renovación, muy a menudo en postura defensiva, amiga de privilegios y reconocimientos, severamente maltratada por escándalos y conductas nada evangélicas de algunos sacerdotes y obispos.

Francisco es – incuestionablemente – un regalo de Dios a esta iglesia que camina en el siglo XXI, para que se activen con vigor las grandes líneas del Evangelio y del Concilio Vaticano II, como el valor y madurez de las iglesias locales, el compromiso decidido con las causas de los pobres y de los maltratados por el perverso modelo económico neoliberal, la comprensión mayor ante las fragilidades



inherentes al ser humano, y la oferta de respuestas pastorales incluyentes para los divorciados, los sacerdotes que dejaron el ministerio, y los grupos etiquetados como "minorías peligrosas".

Siguiendo esta misma lógica de renovación deben volver a explicitarse el gobierno colegiado y corresponsable de la iglesia, el diálogo ecuménico e interreligioso, la superación del clericalismo autocrático y del lenguaje moralista y excluyente, la renovación de la curia romana para dejar de ser una estructura de vigilancia e inspección dando paso a su verdadero papel de servicio estimulante al dinamismo de comunión y participación de toda la comunidad eclesial.

El elocuente y muy testimonial gesto del Papa Ratzinger, su valiente renuncia al sentir el peso de sus límites, ha sido también una marca del Espíritu. Es de justicia y honestidad reconocerlo, puesto que ha favorecido la llegada de un pastor con el perfil de Francisco, sin arrogancias, hombre de todos, para todos, con todos, generosa transparencia de Jesús, relato esperanzador de Dios para la humanidad que quiere verse reflejada en estilos y lenguajes de diálogo, cercanía, encarnación y compromiso liberador.

A sus 85 años de edad, el buen sacerdote que es Gerard Bessiére, debe sonreír complacido porque sus intuiciones con las aventuras del Papa Jacinto se hacen realidad con las andanzas de un hombre de Dios llamado Francisco. ■

*Decano del Medio Universitario de las facultades de Arquitectura y Diseño y de Ingeniería.